

GENERAL MARCELIANO VELEZ

El 18 del presente mes hará 87 años que nació en Envigado el hoy ilustre patricio cuyo nombre encabeza estas líneas. Hijo de D. Cristóbal Vélez y de Doña Gertrudis Barreneche, corre por sus venas la noble sangre del capitán Juan Vélez de Rivero, y es pariente muy cercano del historiador de nuestra guerra de la Independencia y del sabio e íntegro Magistrado José Félix de Restrepo.

Doce años contaba apenas cuando se alejó de su hogar a hacer sus estudios en la blasonada ciudad que fundó Rodrigo de Bastidas, donde residía el entonces coronel Mariano Barreneche, su tío, prócer que había conquistado verdes lauros al lado del excelso Córdoba en Chorros Blancos, Cartagena, Pichincha y Ayacucho, y quien se hizo cargo de la educación del joven Marceliano.

Fueron sus maestros hombres prominentes por su ciencia y elevada posición; entre ellos estaban el doctor Eduardo Salazar, notable como institutor y como gobernante del Magdalena, don Antonio del Real, el doctor Juan Manuel Pérez y el doctor Manuel Murillo Toro, Presidente después de los Estados Unidos de Colombia.

En Santa Marta conoció el joven Vélez al épico Páez, quien había sido derrotado en Venezuela por Monagas, al gallardo Soublette y al veloso Juan José Flórez, héroe de Tarqui.

Terminados sus estudios volvió Vélez a Antioquia y en el Colegio Provincial, hoy Universidad, re-

cibió el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas el 25 de Mayo de 1853.

Desde allí en adelante su vida ha sido una ascensión gradual y continua; siempre ha andado por la línea recta que le han mostrado su clara inteligencia y su conciencia de caballero cristiano; ha servido a la Patria cuando ésta ha necesitado de él: su palabra elocuente, su pluma ágil y galana, y su espada victoriosa han estado en toda hora dispuestas a defender los ideales de Libertad y del Orden; nunca ha peculado con sus convicciones ni ha cambiado su dignidad por dinero; así, que, habiendo manejado ricos caudales, ha sido pobre y, como Régulo y Cincinato, ha tenido que sacar de las entrañas de la madre tierra el pan para sí y para sus hijos.

El General Vélez en su larga existencia ha visto desenvolverse casi toda nuestra vida republicana; ha sido testigo ocular de casi todos los más notables acontecimientos de Colombia; en la mayor parte de ellos ha sido agente directo, y esas manos que vibraron la lanza, están limpias de sangre, de asesinatos y fusilamientos; en esa cabeza, blanca como un jirón de cirrus, no ha anidado una sola combinación indigna de político falaz, y ese corazón, joven todavía, a los ochenta y siete años, no ha dado una sola palpitación que no haya sido movida por los sentimientos más puros. Por esto, sin duda, los más conspicuos hombres de Colombia lo han respetado y enaltecido; han tenido muchos de ellos opiniones distintas a las suyas pero han reconocido la firmeza y la sinceridad del egregio hombre público.

A él honró con su amistad el guerrero y poeta que pasó por el cielo de Colombia cerniéndose como ave de tempestad y que se llamó Julio Arboleda; Salvador Camacho Roldán, el polemista formidable lo calificó de "organización fundida en molde romano de los tiempos de la República"; Jorge Isaacs, el cantor dulcísimo de María, fue para el General

Vélez noble y sincero amigo; Rafael Núñez le prodigó atenciones sin cuento, le regaló una espada primorosa y, en un principio, lo asoció a su nombre para la candente lucha electoral del 91; mas el ardor de ésta no alcanzó a separar sus corazones aunque hubiera sido antagonistas en el debate por divergencias de opiniones en puntos accidentales de gobierno; Miguel Antonio Caro reconoció al fin la hidalguía del que había sido su competidor y lamentaba 'haberlo conocido tan tarde', y, en una palabra, amigos y enemigos han rendido en todo tiempo homenaje, de cariño los unos y de respeto los otros, al varón que ha sido un vivo ejemplo de abnegación y de virtud.

Como gebernante de Antioquia, el General Vélez brilla con honor entre los más esclarecidos; así su nombre corre parejo con los de Juan de Dios Aranzazu, Mariano Ospina y Pedro Justo Berrío.

Llegó a la Gobernación de Antioquia el 21 de septiembre del año de 1885, época en la cual, como él lo dijo a la Asamblea de 1888, "apenas se habían extinguido los ecos del fragor de la última y desastrosa guerra civil; cuando su suelo (el del Departamento) había sido recorrido por los combatientes en todas direcciones, consumiendo estérilmente la riqueza pública y sembrando rencores y alarmas; cuando todas las rentas públicas estaban consumidas o descontadas por los gobernantes anteriores; cuando todos los ramos de la Administración Pública se hallaban de años atrás en lamentable desgreño, y cuando todos los ánimos se encontraban exacerbados con las pasiones que las guerras civiles saben legar a los pueblos". Tocaba pues, al nuevo Gobernador llevar a término una labor de reconstrucción casi absoluta en lo moral y en lo material; debía ser algo como un demiurgo en aquel caos de desolación y ruina en que habían convertido a Antioquia las guerras pasadas. Así fue. El discreto

hombre de Estado serenó los ánimos, colmó de garantías a vencidos y a vencedores, y logró que el Gobierno Nacional convirtiera en empréstito, que ganaba alto interés, la odiosa contribución de guerra que éste había asignado a los comprometidos en la última revolución. Este acto lo hizo acreedor a la confianza de todos los ciudadanos. Para saber cuán fecunda fue su administración en la época a que nos referimos, basta saber que cuando tomó posesión del empleo de Gobernador sólo había en el erario la suma de \$ 24.80 y, al retirarse años más tarde, dejó un superávit crecido, perfectamente organizadas las rentas, establecido el crédito del Departamento y el servicio público en completo buen estado. Con singular diligencia impulsó el gobierno del General Vélez el progreso de Antioquia, ayudado eficazmente por hombres de la talla de Abraham Moreno, Luis Mejía Alvarez, Guillermo Restrepo Isaza, Marco Aurelio y Silverio Arango, Juan Pablo Restrepo y otros que, en su mayor parte, se habían educado en la escuela práctica de la administración del ilustre Berrío.

Incontables son las obras de adelanto que fomentó o llevó a cabo el General Vélez en aquellos tiempos.

No se habían cumplido cuatro meses de su gobierno cuando abrió las escuelas primarias y la Universidad de Antioquia que se habían cerrado cuando el clarín de guerra se dejó oír en nuestras montañas. La Universidad recibió un empuje excepcional; su cuerpo de profesores era selecto por el saber y por la virtud, tal que la quisieran los establecimientos de ogaño un grupo semejante de educadores. Fue nombrado Rector de tan caro plantel el doctor Ricardo Escobar Ramos, verdadero y genuino maestro que unía a la suavidad de sus modales la firmeza de su acrisolado carácter; como Vicerrector actuaba el inolvidable pedagogo D. Marco An-

tonio Ochoa, de energías excepcionales y de dotes de mando no vueltas a ver en Antioquia.

Para contribuir a la recta formación cristiana de los jóvenes, celebró el General Vélez un contrato con el R. P. R. Pérez, S. J., para el establecimiento en esta ciudad de un Colegio de segunda enseñanza a cargo de los hijos de Loyola. Para tal fin destinó el antiguo edificio de la Universidad. Bien sabe Antioquia cuál es el mérito de tan laudable obra.

Para dar impulso a la minería, nuestra principal industria, solicitó el inteligente Gobernador, del Gobierno Nacional, y obtuvo de él la autorización y la gracia para abrir una Escuela de Minas. El 10. de Enero de 1888 se inauguró de una manera solemne tan importante Establecimiento. Nuestro Ferrocarril, los caminos y los puentes dirán cuánto vale ese Plantel que ha tenido por Rectores a hombres de la talla de D. Tulio Ospina y del doctor Eduardo Zuleta; que ha tenido por profesores a José María Villa y Fabriciano Botero y que ha producido técnicos como Efe Gómez y Alejandro López.

En la Administración del General Vélez se dio principio al Manicomio del Departamento; se construyó el local para la Biblioteca y Museo de Zea; se abrió el camino de Occidente el cual llevó vida a esa región, cuyas "poblaciones languidecían en terrible inacción"; él fundó el pueblo de Pavarandocito y restableció en condiciones muy favorables el Distrito de Dabeiba; organizó lo relativo a Resguardos de indígenas; auxilió por dos años con cien pesos mensuales la vía entre Bolívar y Quibdó para comunicar el territorio de S. O. con el Atrato; impulsó y subvencionó el camino de herradura de Canoas a la Reina, fomentando así el tráfico de la Provincia de Oriente; construyó puentes y carreteras; abrió nuevamente la Casa de Moneda por Decreto Nro. 926 de 6 de julio de 1887; creó la Oficina de Estadística como anexa a la Secretaría de Gobierno,

organizó la Imprenta Oficial y, en síntesis, condujo al Departamento por las sendas de progreso material y moral.

El General Vélez es quizá el colombiano más meritorio; sus servicios a la Patria son innegables y su vida es un espejo límpido no empañado por actos indignos y bajos; pertenece a aquella generación de patriotas, muy escasos por cierto, que, olvidándose del propio **yo**, miran sólo el bien general, que hacen política nacional y elevada al revés de los caciques de provincia que, encastillados y utilitaristas, especulan en nombre de sus ideales en beneficio de un reducido círculo de parientes y amigos.

El General Vélez, alma generosa, ama la juventud y se desvela por ella; no pertenece al grupo sombrío de los que creen que el joven no tiene derecho de pensar ni de subir; bien sabe el gallardo patriota que los jóvenes son esperanza risueña y promesa halagadora para lo por venir; por eso les da siempre su mano vigorosa y los alienta con su palabra y con su ejemplo para que ascienda dignamente y para que, como él, sean hombres, muy hombres.

Ese anciano, encorvado ya por los años, de paso vacilante, de aspecto venerable y simpático, es el primer ciudadano de Colombia que simboliza toda una vida vivida para la virtud y para la civilización. Dios alargue los días de tan insigne varón y suscite en Colombia otras almas que se le asemejen.

Junio de 1919.

Tomás Cadavid Restrepo

NOTA. — El General Vélez murió en Medellín el 13 de abril de 1923. — (J. S. M.).